

naturalezas y virtudes, porque todas las criaturas en número, peso y medida, y les hecistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os comprenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdicción determinada. A todo el mundo que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Oceano un hombre mortal; porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Oceano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud, y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo (c); porque llamais las cosas que no son, como á las que son.

Pues siendo como sois tan grande, ¿quién os conocerá? ¿quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima, con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana y incomprendible substancia?

Mas con todo esto, Salvador mio, no puedo ni debo desistir desta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo, ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de vuestro amor. Ciego soy y muy corto de vista para conocer; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos, no hay otro descanso sino en vos, no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de vos conoceremos, pero mucho mas vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con oscuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos, y amarémos todo lo que conociéremos; y con esto solo quedará nuestra ánima contenta; pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto mas, Señor, que vuestra gracia ayudará á nuestra flaqueza; y si os comenzáremos á amar un poco, darnos heis por este amor pequeño otro mas grande con mayor conocimiento de vuestra gloria: así como nos lo tenéis prometido por vuestro Evangelista, diciendo (d): Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré y me descubriré á él, que es, darle un mas perfecto conocimiento, para que así crezca mas en ese amor.

Ayúdanos también para esto la sancta fe católica, y las Escrituras sagradas, en las cuales tuvistes, Señor, por bien daros á conocer, y revelarnos las maravillas de vues-

(c) Rom. 4. (d) Ioan 14.

tra grandeza; porque este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro sancto nombre. Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfección de ellas resplandesce vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas, el amor que nos tenéis. Y así, por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo, para que conozcamos á vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes; para que en él estudiásemos todos, y conociésemos quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo de ellas. Desta manera las criaturas hermosas predicaban vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de Paris, ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicaban la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su criador, loco es. Parece, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hiere

nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba, para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas, y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy mas añados que los niños, habiéndonos puesto vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas dél, como por unas letras vivas leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo; y nosotros como niños no hacemos mas que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y mas que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! Ay de aquellos, dice Sant Agustín (e), que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conocimiento de su Criador.

Pues no permitais vos; clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría (f), que el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas que fueron dadas para nuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo, pues no queremos conocer á Dios por ellas, ni tomar su aviso (g). Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es subir por las criaturas al Criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar el artificio de un pequeño dibujo hecho por mano de algun grande oficial, ¿cómo sabrá notar el artificio de una tan grande pintura, como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos acaece cuando nos ponemos á considerar las maravillas desta obra, como á un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna grande ciudad, ó en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvidase de la puerta por do entró, y viene á perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine. Pues ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que vos criastes? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razón, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas

(e) In Conf. lib. 4, et in Psal. 26, et in Ev. Ioan. Tract. 8, cap. 2, et Tract. 24, cap. 6, et Solil. cap. 54. (f) Sap. 5. (g) Ioan. 14.

quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme vos, Señor, en esta jornada, guiad á este rústico aldeano por la mano, y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe, y glorifique en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO III.

De los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar por lumbré natural que hay Dios.

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios: conviene á saber, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (a), que el que se quiere llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbré natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conociendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomas (b), que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia dél; la cual no se compadecese con la oscuridad que está anexa á la fe. Mas los ignorantes que no alcanzan esta razón, y creen esto porque Dios lo reveló, y la Iglesia lo propone para creer, tienen fe. deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad: lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se casa la fe con la razón, y la razón con la fe, contextando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente: donde la fe nos esfuerza con su firmeza, y la razón alegra con su claridad. La fe enseña á Dios encubierto con el velo de su grandeza; mas la razón clara quita un poco de ese velo, para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenán las consciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos, y hácenos abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para la cual tenemos dos maestros, uno de las sanctas Escrituras, y otro de las criaturas: los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conocimiento de nuestro criador. Por esto tocarémos aquí algunos de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocarémos aquellos que son mas claros, y mas acomodados á la capacidad del pueblo; dejando los otros mas sutiles para las escuelas de los teólogos.

Parecerá á alguno ser excusado tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe deste artículo. Así es, mas con todo eso habemos visto y vemos cada día hombres tan desafortados, tan desalmados y tan tirannos, que aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan; porque ninguna cosa ménos ha-

(a) Hebr. 11. (b) S. Thom. 1. p. q. 2. art. 2. ad. 1.

cen creyéndolo, que harían si totalmente no lo creyesen. Pues para estos que tienen la lumbre de la fe tan olvidada y escondida, aprovechará mostrarles claramente por lumbre de razón que hay Dios; quizá esto les daría alguna sofrenada, para que mirasen por sí. Y demás de este provecho hay otro mayor y mas comun para todos; el cual es, que todas las cosas que nos dicen haber Dios, juntamente nos declaran muchas de sus perfecciones, especialmente su sabiduría, su omnipotencia, su bondad, su providencia, con la cual rige y gobierna todas las cosas.

§. I.

El orden de las criaturas nos lleva al conocimiento de su principio.

Pues entre estos fundamentos, el primero y mas palpable se toma de la orden de las cosas (c). Porque vemos en este mundo diversos grados de perfeccion en todas las criaturas. Y en esta orden ponemos en el grado mas bajo los cuatro elementos, que son cuerpos simples, los cuales no tienen mas que dos cualidades. En el segundo ponemos los mixtos imperfectos, como son nieves, pluvias, granizo, vientos, heladas y otras cosas semejantes que tienen alguna mas composicion. En el tercero están los mixtos perfectos, como son piedras, perlas y metales; donde se halla perfecta composicion de los cuatro elementos. En el cuarto ponemos las cosas que demás de esta composicion tienen vida, y crescen y menguan, como son los árboles, y todas las plantas. En el quinto están los animales imperfectos, que demás de la vida tienen sentido, aunque carecen de movimiento, como son las ostras, y muchos de los mariscos. En el sexto están los animales perfectos, que demás del sentido tienen movimiento, como los peces, y aves, etc. En el séptimo ponemos al hombre, que demás de lo dicho, tiene razón y entendimiento con que se aventaja y diferencia de todos los brutos. Sobre el hombre ponemos al ángel, que tiene mas alto entendimiento, y es substancia espiritual apartada de toda materia. Y entre esos mismos ángeles hay orden, porque unos son de mas noble y perfecta naturaleza que otros; y siguiendo la sentencia de Sancto Tomas (que es muy conforme á la doctrina de Aristóteles), no hay dos ángeles de igual perfeccion con ser ellos innumerables, sino siempre uno es esencialmente mas perfecto que otro. Pues subiendo por esta orden, ó habemos de dar proceso en infinito sin haber postrero (lo cual es imposible en naturaleza), ó habemos de venir á parar en una cosa la mas perfecta de todas, sobre la cual no hay otra mas perfecta. Esta, pues, que está en la cumbre de todas y sobre todas, es la que llamamos Dios, ó primera verdad, primera causa, y primer movedor y autor de todas las cosas: la cual no ha de ser criada ó hecha por algun criador ó hacedor; porque ese sería mas perfecto que él, pues es mas perfecto el criador que su criatura, y el hacedor que su hechura. De donde se sigue, que ese Señor ha de ser eterno y sin principio, pues no pudo ser criado ni hecho por otro. Este es el primer fundamento de esta verdad, que se toma del orden de las criaturas.

§. II.

El movimiento de las criaturas nos convence al conocimiento de un primer movedor.

El segundo es el que se toma del movimiento de las

(c) S. Thom. ubi supra.

cosas. Para lo cual tomamos por principio, que todas las cosas que se mueven corporalmente, tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente, así en el hombre, como en todos los animales: en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánima la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el ánima, falta luego el movimiento que de ella procedía. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del mas alto cielo que está sobre el cielo estrellado: el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra: el cual se mueve con tan grande lijereza, que en un solo dia natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, segun lo presupuesto, ha de tener movedor que lo mueva. Pues de este movedor se pregunta, si en su sér, y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro ó no: si no la tiene, sino por sí mismo tiene su sér, y su poder, ese tal llamaremos Dios; porque solo Dios es el que como superior de todas las cosas no pende ni en su sér, ni en su poder de nadie, sino de sí mismo. Mas si me decis que tiene otro superior de quien depende quanto al sér y quanto á la virtud del mover, de ese superior haré la misma pregunta que del inferior; y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual dijimos ser imposible), ó habemos finalmente de venir á un primer movedor de que dependen los otros movedores, y á una primera causa, de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas; y esa es á quien llamamos Dios. Esta es la demostracion por donde los filósofos probaron que habia un primer movedor que no pedia de nadie, sino de sí mismo. Y los que penetran la fuerza desta demostracion, no tienen fe deste primer artículo; porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para estos no se llama este artículo de fe, sino preámbulo de ella, como dice el mismo sancto doctor.

§. III.

Al conocimiento de Dios inclina la misma lumbre natural.

Otros motivos tuvieron los filósofos, de que Tulio hace mucho caso, y con mucha razón; y uno dellos es, que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, ninguna hay tan bárbara, ni tan fiera, que (dado que no conozca cual sea el verdadero Dios) no entienda que lo hay, y le honre con alguna manera de veneracion. La causa desto es, porque (demás de la hermosura y orden deste mundo, que está testificando que hay Dios que lo gobierna) el mismo Criador, así como imprimió en los corazones de los hombres una inclinacion natural para amar y reverenciar á sus padres, así tambien imprimió en ellos otra semejante inclinacion para amar y reverenciar á Dios (d), como á Padre universal de todas las cosas, y sustentador y gobernador dellas. Y de aquí procede esa manera de culto y religion, aunque falsa, que en todas las naciones del mundo vemos. La cual de tal manera está impresa en los corazones humanos, que por sola defensa della, pelean unas naciones con otras, sin haber otra causa de pelear, como lo vemos entre moros y cristianos. Porque creyendo cada uno que su religion es la verdadera, y que por ella es Dios verdaderamente honrado, y no por las otras, paréceles estar obligados á tomar la voz por su Dios, y hacer guerra á los que no lo honran, como ellos entienden que debe ser honrado.

(d) Psal. 4.

Tan impreso está en los corazones humanos el culto y veneracion de Dios. Y (lo que mas es) cada dia vemos pasarse hombres de diversas sectas á nuestra religion, y dejar mujer, y hijos, y hacienda, y cargos honrosos: como agora lo vimos en uno, que habiendo muchos años ántes negado la fe, se vino á tierra de cristianos, dejando todo esto que habemos dicho por la fe verdadera. En lo cual se ve cuán poderosamente arraigó el Criador este afecto de religion en nuestros corazones, pues prevalece y vence los mayores afectos que hay en el hombre, que son las afecciones destas cosas que dijimos (e). Y esto mismo acaesció en tiempo de Esdras á los hijos de Israel, que se hallaron casados con mujeres de linajes de gentiles, cuando volvieron del captiverio de Babilonia: los cuales las dejaron junto con los hijos que dellas habian nascido, por no quebrantar la ley de Dios, que tales casamientos prohibia.

Otro indicio señalan desta verdad, el cual tambien procede desta natural inclinacion que decimos: y es, que todos los hombres cuando se ven en algun grande y extraordinario aprieto y angustia, naturalmente sin discurso alguno levantan el corazón á Dios á pedirle socorro. Y como este movimiento sea tan acelerado, que previene el discurso de la razón, síguese que procede de la misma naturaleza del hombre: la cual, como sea formada por Dios, y Dios no haga cosa ociosa y sin propósito, síguese no solo que hay Dios, sino tambien ser él infinitamente perfecto. Porque este recurso es como una voz y testimonio de la misma naturaleza, la cual con esto confiesa que aquel divino presidente lo ve todo, y lo provee todo, y que en todo lugar se halla presente. Aquí confiesa su providencia, su bondad, su misericordia, y el amor que tiene á los hombres, y el deseo de remediarlos; pues él mismo cuando los crió imprimió en ellos esta natural inclinacion que los moviese á recorrer á él, como á verdadero padre, en sus angustias y tribulaciones.

§. IV.

Al conocimiento del Criador nos llama la hermosura y armonía de lo criado.

El quinto motivo que así los filósofos como todos los hombres tuvieron para conocer la divinidad, fué la fábrica, y orden, y concierto, y hermosura, y grandeza deste mundo, y de las partes principales dél, que son cielo, estrellas, planetas, tierra, agua, aire y fuego, vientos, lluvias, nieves, ríos, fuentes, plantas y todo lo demás que en él hay. Esta consideracion con las dos que luego trataremos, prosigue copiosamente Tulio, elegantísimo orador y filósofo, en nombre de otro filósofo estoico (f).

Y pues en esta materia procedemos por via de filosofía, parecióme enjerir aquí, para los que no entienden latin, lo que este filósofo con las palabras de la elocuencia de Tulio dice, dejando algunas cosas que adelante se tratan en sus propios lugares. Mas advierto al lector, que cuando en lugar de Dios hallare dioses, entienda que habla como filósofo gentil, y como en esto se engaña, así tambien cuando dice que los dioses tienen cuidado de las cosas grandes, y no de las pequeñas: lo cual es contra lo que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo, cuando dijo que ni un pajarillo caía en el lazo sin la voluntad y providencia del padre celestial. Dice pues así este filósofo.

(e) 1. Esdr. 10. (f) Cicer. lib. 2. de Natur. Deorum.

Ninguna cosa se hallará en la administracion y gobierno del mundo que se pueda justamente reprehender; y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista mas hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por donde si son mas perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razón, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razón. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada no entienda que se hizo por arte? y viendo dende léjos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razón y arte? y viendo cómo un reloj señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir, que el mundo (el cual inventó estas mismas artes, con los oficiales dellas, y abraza todas las cosas) carezca de razón y de arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandescen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra; y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningun daño hacen á la tierra, ni á las cosas della, mas ántes la aprovechan de tal manera que si mudasen sus lugares y puestos, arderia todo el mundo. Y un poco mas abajo añade el mismo Tulio estas palabras: Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas, y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos soterraños nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oído por fama que hay una divinidad en el mundo soberana; y despues desto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos: cuando viesen la tierra, la mar, y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conociesen la grandeza, y hermosura, y eficacia dél, y cómo él esclareciendo con su luz el cielo, es causa del día, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crescientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nascimientos, y puestos de las estrellas tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad: sin duda cuando los tales hombres salidos de la escuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conoscerian haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pedia. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros (dice el mismo Tulio) imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales escurecieron todas las regiones comarcanas, y imaginemos que por espacio de dos dias ningun hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero día el sol esclareciese al mundo, parecería á estos hombres que de nuevo habian resuscitado. Y si esto mismo acaesciese á algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¿cuán hermosa les pa-